

La invención del fósforo tal cual lo conocemos hoy es atribuida, en el mundo occidental, a varios químicos y fabricantes europeos que lo desarrollaron durante la primera mitad del siglo XIX, aunque ya se tenían noticias anteriores sobre el empleo del fósforo como medio combustible para encender el fuego. Su facilidad para combinarse con el oxígeno es tal que se enciende muy rápidamente al contacto con el aire, características que fue aprovechada para fabricar el llamado *fósforo etéreo*. En 1708, Ingherous y otros utilizaron fósforo en estado puro o mezclado con otras sustancias, dando origen al primer fósforo de fricción que recibió el nombre de *Sulphurata Hyperoxygenta Frict*. Otros investigadores experimentaron posteriormente sus propias fórmulas.

Pero, según parece, 1832 fue el año de invención del fósforo. En esa fecha pudo haber tomado las características actuales y dio comienzo su fabricación comercial. Trevany, Jones, Kammerer, Römer, Sigl y Preschel, entre otros, trabajaron en Viena para perfeccionarlo. A partir de entonces, numerosos fabricantes europeos introdujeron innovaciones a la idea original.

Hasta el desarrollo de una industria fosforera fuerte en el Río de la Plata, el mercado de este artículo en ambas orillas estaba abastecido por fabricantes franceses e italianos establecidos en Francia. De allí salían los mayores envíos a esta parte del mundo hasta que el gobierno galo implantó el monopolio. La consecuencia inmediata fue el traslado de algunos de esos industriales al norte de Italia, donde montaron sus fábricas para continuar exportando sus productos desde allí.

Los orígenes de esta actividad en la Argentina se remontan a 1860, cuando los jóvenes ingenieros José María Goenaga y José Lopeteguy, presumiblemente de origen vasco, instalaron una fábrica en Buenos Aires, calle San José entre las de San Juan y Cochabamba. Las primeras maquinarias (¿traídas por Marcó del Pont, acaso?) eran muy rudimentarias y fueron puestas a punto para producir 200 gruesas diarias. Sin embargo, este volumen nunca pudo ser alcanzado por la falta de personal idóneo. Insistimos: la industria fosforera era desconocida en ambas orillas del Plata. Entonces se abocaron a emplear jóvenes que se interesarán en aprender el oficio y así consolidar una actividad que ellos creían con mucho futuro. Así, una pléyade de hombres y mujeres pasaron por su taller tratando de descubrir los secretos de la fabricación de los palillos fosfóricos.

La solución, finalmente, llegó de la mano de un hábil armero residente en la ciudad: Andrés Arriarán. Este artesano fue quien con su trabajo contribuyó enormemente a que el establecimiento se encaminara

hacia el éxito y puede ser considerado el factor fundamental que perfeccionó la elaboración de fósforos en nuestro medio. Sin embargo, cuando todo hacía pensar que los principales escollos habían sido superados y el personal iba capacitándose cada vez mejor, la guerra franco-prusiana de 1870 y la gran epidemia de fiebre amarilla que azotó a Buenos Aires al año siguiente frenaron esta marcha casi por completo. La escasez de materia prima, que se traía de Europa, y la alta mortalidad entre la población porteña causada por el flagelo hirieron gravemente a la pequeña fábrica de los vascos. En tales circunstancias y algunos desacuerdos sobrevenidos entre los socios, Lopeteguy se retiró y Arriarán se incorporó a la firma, que entonces comenzó a girar como Goenaga y Arriarán. Más tarde, el primero siguió el camino de su compatriota y Andrés Arriarán quedó como único dueño.

La fábrica no tuvo futuro en sus manos y cerró luego de asociarse, en 1873, con los comerciantes Bustamante y Galup. La nueva sociedad llegó a construir un importante establecimiento fabril, pero poco tiempo después entró en bancarrota y las maquinarias quedaron depositadas en un galpón cercano. Paralelamente fueron apareciendo nuevos emprendimientos con mejor suerte, entre ellos los de Bolondo Lavigne y Cía, A. Dellachá y Hno. y Francisco Lavaggi. La fusión de estas tres fábricas en 1888 dio origen a la Compañía General de Fósforos S. A., que poco a poco se convirtió en un grupo empresario gigantesco en cuyo seno reunió diversas industrias relacionadas con la fabricación de fósforos y prácticamente monopolizó la actividad en la Argentina.

Industrial y filántropo

Ya que hablamos de productores de fósforos, bueno es dedicarle un párrafo a un fabricante de cigarrillos: Manuel Méndez de Andés. Vino al mundo en El Franco, villa situada en la provincia de Oviedo, en el año 1846. Con apenas doce años de edad se embarcó con su familia para Buenos Aires y enseguida fue uno más que se sumó a la fuerza laboral infantil de la época desempeñándose con verdadero ahínco en diversas labores. Desde muy niño se lo vio con vocación de ganarse la vida por sí mismo y con el correr de los años logró reunir un pequeño capital para intentar su propia aventura. Así, en 1874 abrió una fábrica de tabacos que hizo honor a la incipiente industria nacional argentina. La instaló a pocos pasos de la plaza de Mayo y la llamó *La Abundan-*

cia, nombre que preanunciaba el éxito y la fortuna que alcanzaría en esta actividad. Sus afamados cigarrillos de la marca *Excelsior* tuvieron rápida acogida entre los fumadores porteños y las ventas crecieron sostenidamente, cada vez más favorecidos por el gusto del público. El nombre de esta marca se lucía en el frente de su palacete, construido en Buenos Aires (Rivadavia 5657) con las ganancias de su fábrica. Pero no todo lo que ingresaba a sus arcas lo guardaba para sí, pues fue muy generoso y caritativo en cuanto ocasión le fuera posible demostrarlo. Contribuyó, por ejemplo, con donaciones en oportunidad de la suscripción popular organizada en beneficio de las familias de las víctimas del naufragio de la cazatorpedera *Rosales*, que se incendió el 9 de julio de 1892 cuando se dirigía a España para participar en los festejos del tercer centenario del Descubrimiento de América. O cuando el calamitoso terremoto acaecido el 27 de octubre de 1894 en San Juan y La Rioja, que dejó numerosos muertos y heridos y afectó viviendas de varias localidades en ambas provincias.

Don Manuel fue un vecino caracterizado, apreciado y muy respetado del barrio de San José de Flores. Como edil representante de esa parroquia trabajó por su progreso y desarrollo urbano en el seno del Concejo Deliberante de Buenos Aires. Además intervino activamente en la creación de la Asociación Española de Socorros Mutuos de San José de Flores, fundada el 29 de marzo de 1896 en Pedernera 143, de la que fue el primer presidente. Asimismo desempeñó la presidencia de la Asociación Patriótica Española y de la Unión General de Tabaqueros, fue miembro de la Cruz Roja y del Círculo de la Prensa, y protector desinteresado de escritores, escultores, músicos, actores y periodistas. Falleció en Buenos Aires el 17 de julio de 1897 y fue inhumado en el cementerio de La Recoleta, donde cinco años más tarde quedó inaugurado un monumento para recordarlo. La ciudad de Buenos Aires le rindió homenaje imponiendo su nombre a una de las calles de la ciudad.

Bibliografía

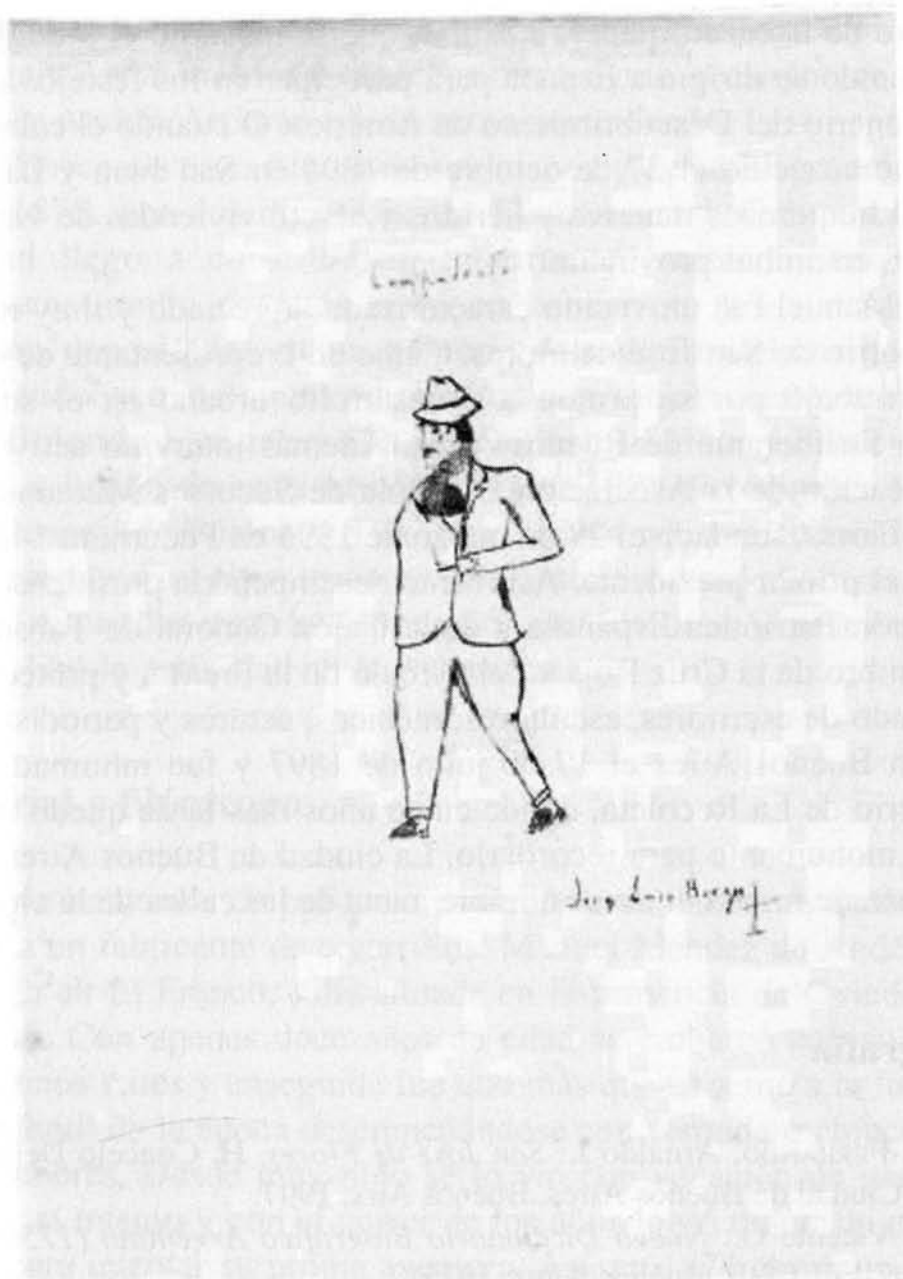
- CUNIETTI-FERRANDO, Arnaldo J.: *San José de Flores*, H. Concejo Deliberante de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, 1997.
- CUTOLO, Vicente O.: *Nuevo Diccionario Biográfico Argentino (1750-1930)*, Editorial ELCHE, Buenos Aires, 1975).
- DE SANTILLÁN, Diego A.: *Gran Enciclopedia Argentina*, Ediar, Buenos Aires, 1956/64.

PRIGNANO, Ángel O.: «Casa Marcó del Pont», en *Cronista Mayor de Buenos Aires*, Año II, n° 13, Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, Buenos Aires, enero de 2000.

PRIGNANO, Ángel O.: *El barrio de Flores y sus hechos (efemérides y cronología)*, Junta de Estudios Históricos de San José de Flores, Buenos Aires, 2002.

PRIGNANO, Ángel O.: *De tragedias y resurrecciones (Del puerto a San José de Flores)*, XX Años con la Historia del Puerto de Buenos Aires, Junta de Estudios Históricos del Puerto de Buenos Aires, Buenos Aires, 2003.

PRIGNANO, Ángel O.: *Historia del fósforo en la Argentina* (inédito).



Un «compadrito» dibujado por borges